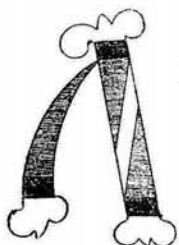


DON ALFONSO



la muerte del rey don Sancho, los leoneses y gallegos que habían estado sometidos a él por la fuerza del triunfo, empezaron a desertar el campo y a volverse a sus tierras.

Reunidos en Burgos los caballeros castellanos, discutían la proclamación del nuevo rey. No podía agradarles aceptar a Alfonso, que vencido por ellos cuando reinaba en León, no debía haber olvidado su derrota. Por lo tanto, su coronamiento significaba el predominio de León sobre Castilla, y ellos sentían la misma falta de adhesión a don Alfonso, que los leoneses habían sentido por don Sancho.

Pero como no había otro príncipe a quien otorgar la corona, tuvieron que pensar en don Alfonso.

—No podemos aceptarle por rey—prorrumpe en medio de la discusión Diego Ordóñez de Lara—, puesto que don Alfonso parece haber estado inmiscuido en el asesinato de don Sancho.

—¿Qué pruebas hay para tal acusación?—pregunta García Ordóñez.

—No hay pruebas, hay sospechas. Se sabe que el día

V. HUIDOBRO

antes de la muerte del rey llegó a Zamora un emisario enviado de Toledo por don Alfonso a doña Urraca; se dice que el emisario conferenció largo con ella y que pasó la noche en casa de Vellido Dolfos.

El Cid se levanta, y al ponerse de pie, junto con él se pone de pie el silencio. Habla el Cid:

—Entonces, señores, quiere decir que al ofrecerle la corona a don Alfonso, debemos hacerle jurar que no murió don Sancho por su consejo; y hecho el juramento, debemos proclamarlo nuestro rey, puesto que no hay otro príncipe a quien ofrecer la corona, y que él es el heredero legítimo.

Pensando todos que después del juramento, limpio el príncipe de sospechas, no había inconveniente para proclamarlo, la idea fué aceptada.

Don Alfonso, en Toledo, advertido por carta de doña Urraca, de la muerte de su hermano, sólo aguardaba el momento de poder partir a Castilla.

Temía don Alfonso que el rey moro tratara de impedirle volver a sus tierras, y guardaba secreta la noticia de la muerte de don Sancho.

No tardó en presentársele la ocasión de salir de Toledo, y una noche, en compañía sólo del conde Per Ansures, huyó de la corte de Alí Maimón.

Llevaban los caballos herrados al revés, por si el rey moro mandaba perseguirles, engañar a los perseguidores. Así, en una carrera astutamente arrevesada, los jinetes llegaron a Castilla, mientras sus pisadas seguían corriendo hacia el sur.

¡Cuidado! ¿Qué es ese ruido? En este instante en el mundo hay un país sin corona y un hombre que cruza la noche tras un reino y un trono.

Al día siguiente de su llegada a Burgos, en reunión

general, don Alfonso manifestó a todos los grandes señores castellanos, que muerto don Sancho y siendo él el segundo hijo del rey Fernando, a él venía la corona.

—Espero de vosotros que me juréis obediencia y me rindáis lo que es mío—dice don Alfonso.

A pesar de lo que habían acordado días antes, todos los grandes señores, los prelados y consejos, juran y van uno por uno a besar la mano al rey. Sólo el Cid permanece de pie, inmóvil y la frente en alto.

Alfonso, al ver la actitud del Cid, no puede menos de exclamar:

—Amigos, pues que todos me recibís por señor, querría saber por qué no ha venido a besarme la mano Ruy Díaz.

El Cid, con esa serenidad de las grandes almas que viven cernidas en las alturas, responde:

—Señor, todos los hombres que aquí veis, aunque ninguno se atreve a decíroslo, han tenido sospechas de que por vuestro consejo murió el rey don Sancho; en consecuencia, os digo que si no os laváis de esto, como debéis hacerlo, yo nunca os besaré la mano.

—Mucho me place—dice Alfonso—que haya uno entre vosotros que me haya manifestado lo que todos han pensado de mí. Decidme, ¿qué debo hacer para borrar la sospecha inicua, que el vulgo se ha atrevido a arrojar sobre mi frente?

—Debéis prestar juramento de no haber tomado parte, ni por orden ni por consejo, en la muerte de don Sancho.

—¿Y quién se atreverá a tomarme el juramento?

Un silencio amedrentado se hace en la sala. El Cid frunce el entrecejo y rotundo deja caer sus palabras:

—Yo. Pues que ningún caballero, a pesar de haberlo

V. HUIDOBRO

todos así acordado, se atreve ante vos ahora, yo os tomaré el juramento; yo, Ruy Díaz, muy honrado de representar a Castilla.

Domina el rey la cólera que le produce la hidalga altivez del Cid y comprendiendo que el jurar será una buena medida política para atraerse a los castellanos y una garantía contra posibles lazos que puedan tenderle los ambiciosos, se humilla y acepta.

—¿En dónde debo jurar?—pregunta.

—En el templo de Santa Gadea—responde el Cid—; allí se coronan nuestros reyes.